El precio para entrar... es tu secreto más oscuro

WEAVINGSHAW



HEBA AL-WASITY



WEAVINGSHAW

HEBA AL-WASITY

Traducido del inglés por Estíbaliz Montero

FAERIS

Título original: *Weavingshaw*

Primera edición: abril de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2025 by Heba Al-Wasity
© de la traducción: Estíbaliz Montero, 2026
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21
28037 Madrid

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 979-13-88108-04-4
Depósito legal: M. 2.535-2026
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:

Para Mays Al-Wasity Abbas,
fuiste, antes que nadie,
la primera lectora
la primera editora
y la primera hechizada por Weavingshaw

PARTE 1

EL AJUSTE DE CUENTAS

1

EL SANTO DEL SILENCIO

—Dime cómo buscar al Santo.

La anciana contempló fijamente a la chica durante un buen rato, con los ojos entornados y los labios arrugados y fruncidos. Sin bajar la mirada, dio una calada lenta a su pipa.

—¿Tienes algo que confesar, Leena?

La aludida se encogió, aunque la figura demacrada de aquella vetusta mujer no representaba ninguna amenaza para ella.

—Margery... —empezó Leena, pero hizo una pausa, su convicción desvanecida—. Mi única intención es buscarlo.

Más rápido de lo que la creía capaz, la anciana le clavó las uñas amarillentas en la suave piel del antebrazo.

—Nadie, y de verdad que me refiero a *nadie,* va a ver al Santo sin motivo —gruñó Margery—. ¿Vas tras unas monedas, niña? ¿Para alguna baratija bonita? —El agarre le iba a dejar un moretón—. *No* lo busques.

Leena no respondió, puesto que, no por primera vez, algo más le había llamado la atención. Desvió la mirada hacia un punto por encima del hombro de la mujer mayor y se quedó observándolo durante un segundo de más. Cuando Margery se giró para echar un vistazo, allí no había nada más que papel pintado despegado.

—¿Qué miras, niña? —le preguntó.

Leena se sobresaltó antes de negar con la cabeza.

Recorrió con la mirada el interior de la casa de Margery, colindante con la suya. Todas eran réplicas exactas: achaparradas y adosadas, con pocas ventanas y una chimenea que a duras penas funcionaba; su única fuente de agua era una bomba exterior.

La anciana vivía allí desde que Leena tenía memoria, la única residente en aquel espacio abarrotado de casas apiñadas que no era una refugiada algaraana. A diferencia de la propia Leena, cuyos padres habían huido de la guerra civil de Algaraa hacía más de veinte años, antes de asentarse con inquietud en Morland, Margery era la sal de la tierra sencilla y morish de pies a cabeza.

Leena no creía que la anciana se hubiese aventurado ni una sola vez fuera de Golborne, la capital de Morland, y en los últimos tiempos, ni siquiera más allá de los límites de su propia casa; el líquido que le hinchaba las piernas apenas le permitía pasar del umbral.

A pesar de la escasa movilidad de Margery, Leena jamás se había atrevido a cuestionar el hecho de que siempre parecía conseguir un flujo constante de Tar.

Cada vez que llamaba a la puerta de la anciana, veía la misma imagen: a Margery encorvada sobre una pipa de agua, con los ojos enrojecidos por el empalagoso humo del Tar, sus manos de venas azules temblando y a la espera de la siguiente calada adictiva.

—Rami no se encuentra bien. Va a... —A Leena se le fue apagando la voz—. Necesito ver al Santo.

—¿Tu hermano?

Leena hizo acopio de fuerzas para mantener un tono firme, pese a que el terror la recorrió con la sola mención de la enfermedad.

—Tiene la tos del barrendero.

Margery se echó hacia atrás, dejando ronchas en forma de media luna en la piel de Leena.

—La pillé una vez y a duras penas sobreviví.

Leena era consciente; de lo contrario, jamás se habría atrevido a entrar en casa de Margery e invitar a la enfermedad a su hogar.

La tos del barrendero solo se contraía una vez y no se volvía a padecer, siempre y cuando se sobreviviese a ella. Baba había mencionado en una ocasión que Leena la había pasado de niña en los campos de refugiados y que había estado tan mal que el capataz del campo había advertido a su madre de que empezase a coser un sudario blanco.

—Como verás, mi preocupación está justificada. —Leena tiró de un hilo suelto del dobladillo de su falda—. Tengo que ir a ver al Santo del Silencio.

—No, ni siquiera ese es motivo suficiente. —Margery tragó saliva con dificultad—. ¿Qué secretos puede guardar alguien tan verde como tú? El Santo del Silencio no acepta escándalos escolares.

Una vez más, la joven posó la mirada en la nada por encima del hombro de la otra mujer.

—¿No has oído las historias que circulan en torno a él? —preguntó la anciana de nuevo, y Leena se puso rígida.

Por supuesto que había oído los rumores; como todo el mundo. Era el primero de su clase en pagar a cambio de secretos; cuanto más vergonzosa la confesión, mayor la recompensa. No obstante, incluso la revelación más trivial, aparentemente inútil para cualquiera, se recompensaba con cierta cantidad, de modo que, al principio, los demás habitantes de la ciudad —incluida Leena— habían creído que se trataba de un acto de caridad: otro supuesto filántropo que había amasado su fortuna en las fábricas o en el extranjero, durante las guerras, y que había decidido devolver una parte. Una hermanita de la caridad que había llegado de forma repentina a aquella ciudad asolada por el hollín hacía ocho años y que desaparecería con la misma rapidez.

Aunque se llamaba San Silas, a menudo se referían a él como «el Santo del Silencio», un juego de palabras con su apellido, en honor al santo más antiguo del país, cuyas estatuas desmoronadas aún cubrían el exterior de las catedrales y los cementerios. Un santo que en el pasado había impartido bendiciones a

cambio de pecados, cuando Golborne era un simple asentamiento, no una próspera metrópolis construida a base de humo y avaricia.

Ya nadie rezaba a los santos.

La gente quería pan, no sacramentos.

Pero si aquel nuevo Santo del Silencio, como su antiguo homónimo, estaba dispuesto a ofrecer monedas por unos míseros secretos —*el muy tonto*—, ¿por qué detenerlo? Pronto se hizo evidente que no se trataba de caridad.

Y que no era tonto.

Empezaron a surgir rumores. Quienes le ofrecían confesiones volvían cambiados, como si la desesperación y el terror les hubieran abierto un agujero entre los ojos. Otros —aquellos que San Silas afirmaba que habían mentido en sus confesiones— acababan con la lengua cortada. Con las costillas rotas. Una X ensangrentada les cruzaba la boca, el borde bermellón de los labios arrancado y tallado: la cicatriz del Santo.

Algunos no regresaban jamás.

Pese a que Leena era consciente de todo aquello, su corazón ya estaba tan sumido en la muerte y la pérdida que no soportaría enterrar a un hermano. Sabía lo que podía suceder y aun así había decidido ir en busca del Santo del Silencio.

Margery vio el cambio en su rostro: la sutil elevación de la barbilla, la determinación que la impulsó a juntar las cejas oscuras. La anciana bajó la voz.

—¿Recuerdas lo que le hizo al señor Jamil?

Los pensamientos de Leena regresaron al hombre que una vez había vivido a un par de casas de distancia. Él también había sido un refugiado que había escapado de Algaraa al mismo tiempo que sus padres. Recordó la desconfianza de baba hacia el señor Jamil; en su pequeño distrito era bien sabido que, en su país, había sido informante de la policía del Malik. Corrían rumores de que él mismo había delatado a su propio sobrino por ocultar panfletos ilegales del Partido por la Liberación.

El sobrino había sido secuestrado y hallado unas semanas después, torturado hasta la locura.

Leena había oído que el Malik había enviado al señor Jamil una oveja sacrificada por su lealtad, una rareza en aquellos tiempos en que la hambruna azotaba el país.

Al estallar la guerra en Algaraa y tras el ascenso al poder del Partido por la Liberación, el señor Jamil había huido a Morland por temor a ser capturado y castigado por los rebeldes por sus terribles actos de servicio al Malik.

Baba, siempre revolucionario, había advertido a Rami y a Leena que se mantuvieran alejados del señor Jamil, afirmando que quienes se rebelaban contra sus compatriotas en su propio territorio no se lo pensarían dos veces antes de hacerlo en tierra extranjera.

Baba no estaba equivocado.

Leena nunca olvidó cómo la había mirado el señor Jamil después de visitar al Santo del Silencio hacía casi cuatro años. Lo habían encontrado a la mañana siguiente, hecho un guiñapo en la escalera de entrada. La sangre brillaba en la X que le cruzaba la boca, su cuerpo destrozado sacudido por los estremecimientos. «No mentí», había sollozado mientras baba y otros hombres lo llevaban a su casa. «Juro que no mentí al Santo».

Poco después, se había dado a la bebida. A los licores fuertes. En uno de sus estupores de borracho, le había confesado a baba que había creído que no le haría ningún daño contarle al Santo del Silencio pequeñas falsedades sobre sus vecinos para saciar su hambre.

Para entonces, el alcohol había hecho que el vientre del señor Jamil se hinchara y el blanco de sus ojos se transformase en un amarillo intenso.

Estaba muerto al llegar la primavera.

—Sí —respondió Leena con firmeza, pese al dolor de cabeza que la atenazaba—. ¿Alguna vez has buscado al Santo del Silencio?

Margery jugueteó con la pipa entre los dedos. Finalmente, asintió.

—Pero para mí no fue un acto de liberación, sino un ajuste de cuentas. Me sentí como si me hubiera muerto... —Su voz se extinguió mientras una mirada vaga aparecía en sus ojos legañosos—. Las pesadillas llegaron después, aunque él ni siquiera me tocó, pero el mero acto de confesar... fue como si me hubieran destripado..., abandonado a mi suerte...

La anciana dio una larga y desesperada calada a la pipa, con los párpados temblorosos por el efecto de la droga.

—Algunos dicen que su madre es una demonio.

—¿Una demonio? —Leena enarcó las cejas. La espiritualidad se había desvanecido en Morland con la primera oleada de fábricas, que había dejado los bancos de las iglesias escasamente ocupados en sus sobrias y fantasmales catedrales. Sin embargo, algunos todavía se aferraban con sinceridad a su creencia en los santos, demonios y maldiciones.

Los algaraanos otorgaban un nombre diferente al mal al que temían. Leena había crecido con historias de genios, e incluso ahora su dormitorio estaba repleto de antiguos amuletos en forma de ojos para alejarlos.

No disponía de demasiado tiempo en su vida para debatir la existencia de genios, demonios o incluso santos, aunque lo único que sabía a ciencia cierta era que ninguno de ellos la había ayudado a sobrevivir.

Un leve brillo burlón inundó su mirada.

—¿Es un santo o un demonio? No puede ser ambas cosas.

Margery apretó los labios.

—No te burles de lo que no entiendes. —Con las manos temblorosas, se sacó el collar de un ídolo del corpiño mientras murmuraba una plegaria para alejar la maldad. Leena echó un vistazo a la pequeña figurita de madera de una mujer con una rama de olivo. No recordaba a qué santa correspondía la imagen, pero la forma en que Margery agarraba la efigie dejaba claro que le traía cierto consuelo.

Leena nunca había dado por sentado que la anciana fuese religiosa; en aquellos tiempos, cada vez menos gente creía en las antiguas reliquias. Aun así, bajó la cabeza, disculpándose por haberla ofendido.

—No. Lo. Busques —repitió Margery con voz áspera, interrumpiendo sus disculpas.

—No tengo elección...

—Siempre la tienes. No tomes la decisión equivocada.

Esa vez fue Leena quien agarró el brazo de la anciana, cuya piel, fina como el papel, sintió frágil bajo su agarre.

—Lo encontraré, con o sin tu ayuda. Así que ahórratelo y dame algún consejo. No puedo perder más tiempo.

Margery la contempló durante un instante: los rasgos morenos de Algaraa, las cejas firmes, las mejillas demacradas, los ojos oscuros, incapaces de ocultar una sola emoción.

—Tu rostro revela demasiado —susurró la anciana casi para sí misma—. Una mentira parecería extraña en ti. No lo intentes.

—No lo haré.

La anciana se llevó una mano temblorosa a la frente.

—Está en el Barrio Norte... —Su delgado pecho vibraba de emoción mientras detallaba las instrucciones exactas. Exhaló otra bocanada de humo y un matiz rosado apareció en sus mejillas arrugadas antes de continuar con voz entrecortada—: Lo que no se aprende en la cuna...

—... se aprende demasiado tarde. Gracias. —La joven se levantó para irse, pero las palabras de la anciana la detuvieron.

—No le mientas, Leena —le advirtió Margery de nuevo.

Una vez más, la joven fijó la mirada en un rincón de la habitación.

Una vez más, la anciana se giró para mirar. Nada.

—La señora Khalid, la de al lado, dice que estás loca, niña —declaró, observándola con atención—. Ya has perdido un trabajo prometedor por tus... *excentricidades*. ¿Cuánto más te permitirás caer?

Leena había sido dama de compañía cuando su futuro aún era prometedor. Había huido de esa vida al cambiar sus circunstancias y darse cuenta de que no podía ocultar sus nuevas rarezas. Si los aristócratas se hubieran percatado de su extraño comportamiento, podrían haberla encerrado en el manicomio. Ahora, en lugar de una estimada dama de compañía, era objeto de chismorreo de las viejas, la vergüenza de su calle, una advertencia para todos los padres inmigrantes sobre los peligros de educar en exceso a una chica.

Los ojos de Leena brillaron.

—Hasta que no quede más camino por recorrer.



Leena conocía la ciudad como la palma de su mano incluso en la penumbra.

Tras el secuestro de baba, había vagado por aquellas calles en busca de trabajo o de Rami. A menudo encontraba a su hermano en los rincones sombríos que frecuentaban los Casacas Negras. Se cruzó con tres de ellos en la escalera de un conocido burdel, escabulléndose junto a una mujer de ojos cansados y labios pintados, todos fumando cigarrillos importados de Algaraa.

Los Casacas Negras dejaron de parlotear al ver a Leena y la observaron mientras intentaba pasar por su lado lo más rápido posible. Rami le había dicho una vez que todos escondían un cuchillo en la manga, por lo que mantuvo la cabeza agachada para no llamar la atención.

De todos modos, uno la reconoció, probablemente de todas las veces que había arrastrado a Rami de vuelta a casa, casi siempre agarrándolo por el cuello mientras se gritaban el uno a la otra.

—¿Está bien tu hermano? —gritó el Casaca Negra que se hallaba más a la izquierda, un chico alto y pecoso con una gorra calada hasta las orejas—. Hace tiempo que no lo veo.

Leena no respondió y aceleró el paso, aunque eso le provocó una punzada en el costado.

El chico continuó en tono burlón.

—Se ha perdido una pelea. Al señor Orley no le hará gracia que se pierda otra. —Sintió su mirada penetrante sobre ella—. Quizá el jefe te acepte como pago. Qué afortunado.

Leena tragó saliva y aceleró hasta casi correr y dejar atrás las risas burlonas de los Casacas Negras. No se detuvo hasta llegar a la pequeña iglesia abandonada que se extendía a ambos lados del distrito de Nueva Algaraa. Respiró hondo bajo los restos destrozados de una vidriera, rodeada por las estatuas de los cinco santos, cuyos cuerpos de piedra estaban desfigurados por unas palabras pintarrajeadas: «Los santos no nos ven».

La amenaza de los Casacas Negras la agobiaba. Le había rogado a Rami que no luchara para la banda, pues las monedas que ganase a cambio jamás garantizarían su seguridad, pero, como siempre, su hermano no le había hecho caso.

Aunque le dolían las articulaciones, se obligó a seguir caminando, ahora más desesperada que nunca por conseguir su medicación.

Mientras seguía abriéndose paso por el claustrofóbico distrito, con sus tejados inclinados y sus calles adoquinadas, tuvo que detenerse dos veces más para descansar, frustrada por las necesidades de su cuerpo. Agradecía la oscuridad de la noche, que ocultaba la fealdad de la cárcel de Newtorn: el ominoso edificio que la observaba con atención sin importar qué dirección tomase. No disponía de dinero para un coche de alquiler y, no por primera vez, Leena detestó en silencio que su casa se encontrase donde estaba. Al hallarse más cerca de los muelles y del Mercado Viejo, el distrito de Nueva Algaraa no solo constituía una cacofonía constante de ruidos y cantos de borrachos, sino que también estaba más lejos de la opulenta clase media del Barrio Norte, donde se encontraba la tienda del señor San Silas.

Tardó horas en llegar a su destino.

En el Barrio Norte, las casas adosadas eran mucho más respetables, rodeadas de portones pintados de negro y rosales frondosos. De tres pisos de altura, cada edificio albergaba cierto vestigio de encanto. Leena sabía que, aunque los aristócratas no residiesen allí porque preferían el aún más exclusivo distrito de Maybury, muchos comerciantes de clase media sí habían construido allí sus casas, imitando la arquitectura de la nobleza. A Leena le parecía desconcertante ver estilos tan antiguos replicados de forma tan moderna.

El distrito podía resultar encantador de día, pero, de noche, la luz de las farolas proyectaba sombras altas sobre las calles limpias, distorsionando formas y creando rostros donde no los había. Más de una vez, Leena se detuvo de repente, con la frente perlada de sudor frío, y se descubrió mirando fijamente un árbol o un buzón.

El corazón le latía con fuerza cuando llegó a la tienda del Santo.

Era un edificio sorprendentemente discreto, demasiado inmaculado para un negocio tan sórdido. A ambos lados, las casas estaban vacías, con sendos carteles de SE ALQUILA crujiendo y meciéndose con el viento. La tienda carecía de publicidad vulgar: los escalones estaban limpios y la puerta, recién pintada. Un único y pulcro cartel rezaba: SEÑOR SAN SILAS, INQUISIDOR.

Leena tragó saliva, con la garganta seca.

Un inquisidor.

Saborea las mentiras.

Golpeó la puerta.

Ninguna respuesta.

Lo intentó hasta que le dolieron los nudillos. Entonces, probó con el pomo.

La tienda estaba cerrada.

Por supuesto que lo estaba a esas horas de la noche. ¿Cómo había podido ser tan insensata? Había llegado demasiado tarde. El miedo la había paralizado. Ahora el temor firmaría el certificado de defunción de su hermano.

No. Clavó la mirada en la calle vacía. A continuación, gritó:

—Me lo has quitado todo. Devuélveme algo. Llévame ante el Santo del Silencio.

Todo permaneció en silencio.

—Por favor —susurró Leena. Luego ladeó la cabeza como si hubiera detectado algún movimiento, aunque cualquiera que se asomase por la ventana en ese instante solo vería a una chica allí, de pie.

Ella misma.

Echó a andar de nuevo, ahora hacia la parte trasera de la tienda, donde había una casa adosada con un establo y un pequeño patio de piedra rodeado de árboles podados de forma elegante. Leena volvió a llamar a la puerta trasera y se estremeció al sentir dolor en los nudillos.

Tras otro minuto de tensa espera, la puerta se abrió.

Una mujer apareció en el umbral con un delantal planchado de forma impecable sobre un sencillo vestido negro. La vela que sostenía en la mano titilaba y bañaba de luz su rostro anguloso. Leena retrocedió un paso. *Esos ojos*. Por un momento, habría jurado que los iris negros de la mujer se habían tragado por completo el blanco.

La joven acalló sus pensamientos de pánico, diciéndose a sí misma que no estaba loca. Ahora los ojos de la mujer eran perfectamente normales, solo había sido un efecto de las sombras.

—Vengo a ver al Santo —declaró Leena, con más seguridad de la que sentía.

La voz de la mujer no transmitió emoción alguna.

—¿Qué negocios tiene con él?

—Un secreto que compartir —respondió, en esta ocasión todavía más alto.

—El amo no está disponible. —La mujer se movió para cerrar la puerta—. Vuelva en horario de atención al público.

Leena metió el hombro en la estrecha abertura.

—No se lo perdonará si deja que me marche.

Sabía que era una afirmación extraña, sobre todo viniendo de una chica tan frágil como ella. Su chal estaba demasiado andrajoso para el frío otoñal, y el fuego al que se había arrimado esa mañana le había dejado un agujero en la falda de batista. Aun así, la mujer pareció estudiarla —el rostro de Leena estaba lleno de hambrienta esperanza— y, tras un momento de deliberación, le pidió que la siguiera.

Leena intentó calmar su respiración entrecortada mientras la seguía por un largo pasillo con los suelos de madera relucientes y todos los apliques encendidos, como si se esperara una fiesta. San Silas debía de tener dinero para dar y regalar.

La mujer se detuvo frente a una puerta cerrada.

—Su nombre, ¿señora?

—Leena Al-Sayer.

La mujer entró sigilosamente para anunciarla. Leena solo oyó palabras amortiguadas seguidas de una dura reprimenda. Sin necesidad de que se lo dijeran, supo que iban a volver a echarla a la calle.

La desesperación le cerró la garganta. Sin detenerse a pensar, irrumpió por la puerta, empujó a la mujer y se desplomó en el suelo. Una mano tiró de ella hacia atrás y Leena giró el torso para ver a la sirvienta agarrándola por los hombros. Ambas forcejearon; Leena no dudó en utilizar todo su peso para derribar a aquella amenazante mujer y liberarse.

Las palabras fluyeron de su boca.

—Se arrepentirá de no haberme recibido, señor. Mi secreto es... es... ¡Suélteme!... Algo que nunca volverá a escuchar...

Una palabra cortante interrumpió sus divagaciones y las manos de la mujer la soltaron.

Leena corrió hacia el fondo de la habitación, se coló detrás de un sillón y se aferró a uno de los muchos estantes que cubrían las paredes, pero no era necesario. La mujer ya se había ido.

Se encontraba a solas con el Santo del Silencio.

Las olas negras abandonaron su visión y tardó un momento en recomponerse. Le castañeteaban los dientes. *¿Por qué estaba*

tan helada aquella habitación? La chimenea rugía, pero no disipaba el frío.

Tras hacer acopio de valor, Leena al fin se giró para mirarlo: el señor San Silas.

Le sorprendió ver que era joven, quizá solo tres o cuatro años mayor que ella. Por los rumores que habían circulado sobre él durante los últimos ocho años, había esperado toparse con una bestia de dientes afilados. Un monstruo con un traje impecable. Fue vagamente consciente de su atractivo; otra sorpresa. Sin embargo, no se trataba de un tipo de belleza reconfortante. Todo en él evocaba una sensación brutal de inquietud; era capaz de intimidar con una única mirada. Incluso sus ojos, con los párpados pesados, a la vez distantes e insensibles, ocultaban un agudo estado de alerta.

Estaba sentado perezosamente tras un escritorio de roble, una figura imponente de cabello oscuro y boca sombría, con un libro de contabilidad en la mano enguantada. La única irregularidad en él era la corbata aflojada alrededor del cuello; por lo demás, iba vestido de forma impecable.

—¿Con qué asunto me perturba en la oscuridad de la noche? —Su tono era ligero, casi coloquial, y tuvo el efecto deseado de helar a Leena hasta la médula.

No se había puesto de pie cuando ella había entrado en la habitación, como era costumbre entre los morish, ni le había ofrecido asiento. En vez de eso, la miraba pensativo, con el pulgar marcando el ritmo de un reloj que llevaba pegado al pecho. El silencio se prolongó; a él no parecía importarle.

—Tengo un secreto —repitió Leena, incapaz de soportarlo más.

—Todos lo tenemos.

—Tengo un secreto a la venta —soltó, frustrada.

—Ah —dijo él, arqueando ligeramente las cejas.

El horror la invadió al ver que el hombre no continuaba.

—¿Es usted el señor San Silas, el traficante de secretos? —preguntó.

—Soy *ese* San Silas, aunque no entiendo por qué cree que su secreto podría interesarme, sobre todo a estas horas —añadió el hombre con voz suave y acento culto. Leena se preguntó si habría contratado profesores particulares de elocución. ¿Cómo, si no, lograba un simple comerciante de secretos hablar de forma tan refinada? Todos los comerciantes con los que había tenido contacto hablaban con el mismo acento que ella, puesto que a menudo se habían criado en calles similares a la suya antes de hacer fortuna utilizando uñas y dientes.

—No podía esperar a que amaneciera. Mi hermano está enfermo. Tiene la tos del barrendero, y he oído hablar de su capacidad para conceder deseos imposibles a cambio de secretos. No puedo permitirme la medicación...

—Hay alternativas más baratas.

—Las he probado, pero sigue muriéndose —respondió Leena con sequedad, sin apartar la mirada de la del Santo—. Mi padre me prohibió venir a verlo hace unos años...

—Un buen hombre.

—Pero jamás habría vendido mi secreto por menos —afirmó con más firmeza de la que sentía—. Mi secreto es poderoso.

Una vez más, una serie de puntos se arremolinaron en su visión y cerró los ojos para protegerse del repentino mareo. Al abrirlos de nuevo, vio que San Silas había dejado de tamborilear rítmicamente para observarla con atención.

—Una vida es un precio muy alto —comentó tras una larga pausa. Luego sacó un pergamino en blanco y empezó a escribir. Lo deslizó en su dirección al terminar y Leena, a pesar del terrible mareo, caminó con paso firme hacia él.

El señor Bram San Silas proporcionará a la señorita Leena Al-Sayer un tratamiento tras descubrir su secreto, si el señor San Silas lo considera oportuno, a la espera de investigar su veracidad. La señorita Al-Sayer confiesa por voluntad propia y es consciente de la angustia emocional que podría derivar de tal revela-

ción. Cualquier falsedad dicha en su confesión resultará en un castigo.

Leena pensó en lenguas arrancadas, en una cicatriz permanente grabada en sus labios que declararía al mundo que era una mentirosa. En el suelo aún helado mientras enterraban al señor Jamil.

No. No permitiría que el miedo la distrajera.

—Por favor, sea más específico —dijo—. El señor San Silas le proporcionará a la señorita Al-Sayer un tratamiento de trimexicilina.

Él la miró con curiosidad antes de hacer los cambios pertinentes.

—La trimexicilina es cara —comentó el hombre, y luego le pasó la hoja. La mujer, la misma que había intentado sacar a Leena de la habitación a rastras, fue llamada para ejercer de testigo de la firma. La presentó como el ama de llaves y, una vez más, Leena tuvo la incómoda sensación de que había algo anómalo en ella.

Los tres escribieron su nombre sobre las líneas de puntos y el ama de llaves se marchó una vez terminada la tarea. El resonar de sus pasos se alejó por el laberinto de pasillos.

Leena contempló su propio nombre en el contrato; un intenso presentimiento se le acumuló en los huesos. San Silas esperaba, su silencio era una carga pesada.

Había llegado el momento: una revelación, un ajuste de cuentas.

El secreto le quemaba en la garganta. Lo había retenido con fuerza en el pecho durante un largo tiempo, mientras la vergüenza crecía y se ensanchaba cada día, hasta el punto de sentir que se estaba abriendo en canal para revelarlo.

¿Qué haría el Santo del Silencio con su confesión?

¿La creería? Aquel secreto era lo único que Leena poseía en el mundo, su única moneda de cambio. Una vez perdido, se quedaría con las manos vacías.

Si mantenía la voz serena, quizá el Santo no percibiera su angustia. No obstante, él la estaba observando. Con firmeza.

—Señor San Silas, soy... Puedo... —Volvió a percibir los puntos que entraban y salían de su visión. Se aclaró la garganta, con la mente frenética.

Tal vez él pensase que estaba loca. Era lo que creían todos los demás. Lo miró presa de una muda agonía. Lo que los ojos de él le devolvieron a cambio de su turbación fue fría indiferencia.

Ahora no quedaba más remedio que abrir la compuerta, revelar lo impensable. Enderezó los hombros y le lanzó una mirada desafiante.

—Algunos fallecidos, normalmente los inquietos o los furiosos, permanecen en nuestro mundo como fantasmas: seres invisibles que caminan por la Tierra después de la muerte. Y yo puedo verlos.